

➤ *Vocación al matrimonio (II). Catequesis de Papa Francisco sobre la familia (16) (2015). La belleza del matrimonio cristiano. ¡Una dignidad impensable!: el amor entre los cónyuges es imagen del amor entre Cristo y la Iglesia. El marido debe amar a la mujer «como a su propio cuerpo»; amarla «como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella». El sacramento del matrimonio manifiesta el valor de creer en la belleza del acto creador de Dios y de vivir ese amor que empuja a ir siempre más allá, más allá de sí mismos e incluso más allá de la misma familia. El vínculo indisoluble de la historia de Cristo y de la Iglesia con la historia del matrimonio y de la familia humana.*

❖ Cfr. Papa Francisco, Catequesis sobre la familia (16), el Matrimonio (II): la dignidad del matrimonio, imagen del amor entre Cristo y la Iglesia. 6 de mayo de 2015

○ **¡Una dignidad impensable!: el amor entre los cónyuges es imagen del amor entre Cristo y la Iglesia.**

▪ **El marido debe amar a la mujer «como a su propio cuerpo» (Efesios 5,28); amarla «como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (v. 25).**

*Esta semilla de la novedad evangélica, que restablece la originaria reciprocidad de la entrega y del respeto, maduró lentamente en la historia, pero al final ha prevalecido.*

En nuestro camino de catequesis sobre la familia tocamos hoy directamente la belleza del matrimonio cristiano, que no es simplemente una ceremonia que se hace en la iglesia, con las flores, los vestidos, las fotos... El matrimonio cristiano es un sacramento que sucede en la Iglesia, y que también hace la Iglesia, dando inicio a una nueva comunidad familiar.

Es lo que el Apóstol Pablo resume en su célebre expresión: *Gran misterio es este; lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia* (Efesios 5,32). Inspirado por el Espíritu Santo, Pablo afirma que el amor entre los cónyuges es imagen del amor entre Cristo y la Iglesia. ¡Una dignidad impensable! Pero en realidad está inscrita en el plan creador de Dios y, con la gracia de Cristo, innumerables parejas cristianas, con sus limitaciones y sus pecados, ¡la han realizado!

San Pablo, hablando de la nueva vida en Cristo, dice que los cristianos —todos— están llamados a amarse como Cristo les ha amado, es decir, *someteos los unos a los otros* (Ef 5,21), que significa al servicio los unos de los otros. Y aquí introduce la analogía entre la pareja marido-mujer y la de Cristo-Iglesia. Está claro que se trata de una analogía imperfecta, pero debemos captar el sentido espiritual que es altísimo y revolucionario, y al mismo tiempo sencillo, al alcance de cada hombre y mujer que se encomiendan a la gracia de Dios.

El marido —dice Pablo— debe amar a la mujer *como a su propio cuerpo* (Ef 5,28); amarla *como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella* (v. 25). Pero vosotros, maridos que estáis aquí presentes, ¿entendéis esto? ¿Amar a vuestra mujer como Cristo ama a la Iglesia? ¡No son bromas, sino cosas serias! El efecto de este radicalismo de la entrega que se le pide al hombre, por el amor y la dignidad de la mujer, según el ejemplo de Cristo, debió ser enorme, en la misma comunidad cristiana.

Esta semilla de la novedad evangélica, que restablece la originaria reciprocidad de la entrega y del respeto, maduró lentamente en la historia, pero al final ha prevalecido.

○ **El sacramento del matrimonio manifiesta el valor de creer en la belleza del acto creador de Dios y de vivir ese amor que empuja a ir siempre más allá, más allá de sí mismos e incluso más allá de la misma familia.**

▪ **¿Aceptamos a fondo, nosotros mismos, como creyentes y como pastores, este vínculo indisoluble de la historia de Cristo y de la Iglesia con la historia del matrimonio y de la familia humana?**

El sacramento del matrimonio es un gran acto de fe y de amor: manifiesta el valor de creer en la belleza del acto creador de Dios y de vivir ese amor que empuja a ir siempre más allá, más allá de sí mismos e incluso más allá de la misma familia. La vocación cristiana para amar sin reservas y sin medida es, con la gracia de Cristo, lo que está en la base también del libre consentimiento que constituye el matrimonio.

La Iglesia misma está plenamente implicada en la historia de todo matrimonio cristiano: se edifica en sus éxitos y padece en sus fracasos. Pero tenemos que preguntarnos con seriedad: ¿aceptamos a fondo, nosotros mismos, como creyentes y como pastores, este vínculo indisoluble de la historia de Cristo y de la Iglesia con la historia del matrimonio y de la familia humana? ¿Estamos dispuestos a asumir seriamente esa responsabilidad, o sea, que todo matrimonio va por el camino del amor que Cristo tiene con la Iglesia? ¡Qué grande es esto!

- **La decisión de casarse en el Señor contiene también una dimensión misionera, que significa tener en el corazón la disponibilidad de hacerse portadores de la bendición de Dios y de la gracia del Señor para todos.**
  - **La Iglesia, para ofrecer a todos los dones de la fe, del amor y de la esperanza, necesita también la valiente fidelidad de los esposos a la gracia de su sacramento.**

En esta profundidad del misterio creatural, reconocido y restablecido en su pureza, se abre un segundo gran horizonte que caracteriza el sacramento del matrimonio. La decisión de *casarse en el Señor* contiene también una dimensión misionera, que significa tener en el corazón la disponibilidad de hacerse portadores de la bendición de Dios y de la gracia del Señor para todos. De hecho, los esposos cristianos participan en cuanto esposos en la misión de la Iglesia. ¡Hace falta valor para eso! Por eso, cuando saludo a los recién casados, digo: “¡Mirad qué valientes!”, porque hace falta valor para amarse como Cristo ama a la Iglesia.

La celebración del sacramento no puede dejar fuera esta corresponsabilidad de la vida familiar respecto a la gran misión de amor de la Iglesia. Así, la vida de la Iglesia se enriquece cada vez de la belleza de esa alianza sponsal, así como se empobrece cada vez que viene desfigurada. La Iglesia, para ofrecer a todos los dones de la fe, del amor y de la esperanza, necesita también la valiente fidelidad de los esposos a la gracia de su sacramento. El pueblo de Dios necesita de su diario camino en la fe, en el amor y en la esperanza, con todas las alegrías y fatigas que ese camino comporta en un matrimonio y en una familia.

- **Se ama como ama Dios, para siempre. Cristo no cesa de cuidar de la Iglesia: la ama siempre, la protege siempre, como a sí mismo.**

La ruta queda así marcada para siempre, es la ruta del amor: se ama como ama Dios, para siempre. Cristo no cesa de cuidar de la Iglesia: la ama siempre, la protege siempre, como a sí mismo. Cristo no deja de quitar del rostro humano las manchas y las arrugas de todo tipo. Es emocionante y tan bonita la irradiación de la fuerza y de la ternura de Dios que se trasmite de pareja a pareja, de familia a familia. Tiene razón san Pablo: ¡esto es precisamente un gran misterio! ¡Hombres y mujeres, lo bastante valientes como para llevar ese tesoro en los *vasos de barro* de nuestra humanidad, son —esos hombres y mujeres tan valientes— un recurso esencial para la Iglesia, e incluso para todo el mundo! ¡Dios los bendiga mil veces por eso!